

CAPÍTULO

1



Maldición, Zsadist! ¡No saltes...!
La voz de Phury apenas se alcanzó a oír por encima del estruendo del accidente de automóvil que había tenido lugar frente a ellos, pero la advertencia no impidió que su hermano gemelo saltara del Escalade, que en esos momentos circulaba a más de cien kilómetros por hora.

—¡V se ha salido de la carretera! ¡Demos la vuelta!

Phury se golpeó contra la ventanilla cuando Vishous giró bruscamente y la camioneta derrapó. Las luces enfocaron a Z rodando sobre el asfalto cubierto de nieve. En milésimas de segundo se puso de pie y se apresuró a acercarse, arma en mano, al coche accidentado, que estaba echando humo y ahora tenía un pino encima, a manera de sombrero.

Phury mantuvo la vista sobre su gemelo, mientras se desabrochaba el cinturón de seguridad. Era posible que los restrictores a los que habían perseguido hasta las afueras de Caldwell hubiesen terminado así por las leyes de la física, pero eso no significaba que ya estuvieran fuera de combate. Esos malditos inmortales eran eternos.

Antes de que la camioneta se hubiera detenido del todo, Phury abrió la puerta de un golpe, al tiempo que buscaba su pistola. No sabía cuántos restrictores había en el coche, ni qué clase de municiones tenían. Los enemigos de la raza de los vampiros

viajaban en grupos y siempre iban armados... ¡Maldición! De pronto salieron tres cazavampiros de cabello descolorido, y sólo el conductor parecía estar herido.

Pero ni siquiera eso detuvo a Z. Como era un maniaco suicida, se fue directamente hacia el triángulo de inmortales, sin otra cosa que una daga negra en la mano.

Phury atravesó la calle corriendo, mientras oía a Vishous jadeando detrás de él. Corrían para ayudar, pero Z no los necesitaba.

Mientras los copos de nieve flotaban silenciosamente en el aire y el dulce olor del pino se mezclaba con el de la gasolina que goteaba del coche accidentado, Z acabó con los tres restrictores sólo con el cuchillo. Les cortó los tendones detrás de la rodilla, para que no pudieran correr, les rompió los brazos para que no pudieran defenderse y los arrastró por el suelo hasta que quedaron en fila, como un terrorífico grupo de muñecos.

Todo eso le llevó sólo cuatro minutos y medio, tiempo en el que incluso alcanzó a quitarles los documentos de identidad. Luego Zsadist se detuvo a tomar aire. Mientras miraba el reguero de sangre negra sobre la nieve blanca, se levantó un vaporcillo de sus hombros, una bruma curiosamente suave que empujó el viento helado.

Phury se guardó la Beretta en el cinto y sintió náuseas, como si se hubiese comido un montón de tocino grasiento. Se tocó el esternón y miró a izquierda y derecha. La carretera 22 estaba desierta a esa hora de la noche y en ese punto tan distante del centro de Caldwell. Era poco probable que hubiese testigos humanos. Los ciervos no contaban.

Él sabía lo que vendría después. Sabía que no podría evitarlo.

Zsadist se arrodilló al lado de uno de los restrictores. Con su cara llena de cicatrices, distorsionada por el odio, el labio superior deforme abierto, los colmillos largos, como los de un tigre, el pelo cortado al rape y las mejillas hundidas, parecía la personificación misma de la muerte y, al igual que la muerte, daba la impresión de sentirse cómodo trabajando en el frío. Iba muy poco abrigado, sólo llevaba un jersey de cuello tortuga negro y unos pantalones anchos, también de color negro; evidentemente, iba más armado que vestido: terciada sobre el pecho, lucía la funda característica de la Hermandad de la Daga Negra, y llevaba ade-

más dos cuchillos, amarrados a los muslos con correas. También tenía una pistola con dos SIG Sauer.

Sin embargo, nunca usaba las pistolas de nueve milímetros. Le gustaba disfrutar de cierta intimidación cuando mataba. De hecho, era la única ocasión en que se acercaba a alguien.

Z lo agarró por las solapas de la chaqueta de cuero y lo levantó del suelo hasta que el rostro del restrictor quedó a un milímetro del suyo.

—¿Dónde está la mujer? —Como la única respuesta que obtuvo fue una risa malévol, Z le dio un puñetazo. El eco del golpe atravesó los árboles, como el ruido de una rama que se parte en dos—. ¿Dónde está la mujer?

La risa burlona del restrictor disparó la ira de Z, que se convirtió en un verdadero volcán, o un siniestro campo de fuerza. El aire alrededor de su cuerpo se cargó de magnetismo y se volvió más frío que la noche. Los copos de nieve dejaron de caer cerca de él, como si se desintegraran por la fuerza de su furia.

Phury oyó un ruido suave y miró por encima del hombro. Vishous estaba encendiendo un cigarrillo y el resplandor naranja iluminó los tatuajes alrededor de su sien izquierda y la barbita que adornaba su boca.

Al oír el sonido de otro puñetazo, V le dio una calada al cigarrillo y levantó sus ojos de diamante.

—¿Estás bien, Phury?

No, no lo estaba. La naturaleza salvaje de Z siempre había sido tema de discusión, pero últimamente se había vuelto tan violento que era difícil verlo bien. Desde que los restrictores secuestraron a Bella, había salido a la luz lo peor y más desalmado de su naturaleza.

Y seguían sin encontrarla. Los hermanos no tenían ninguna pista, ninguna información, nada. A pesar de los terribles interrogatorios a los que Z sometía a los restrictores.

Phury estaba destrozado por el secuestro. No conocía a Bella desde hacía mucho tiempo, pero sí el suficiente como para haberse dado cuenta de que era muy amable, una mujer muy valiosa, perteneciente al nivel más alto de la aristocracia de la raza. Aunque esa mujer no sólo lo había impresionado por su alta cuna. Había penetrado más allá de sus votos de castidad, había logrado llegar hasta el hombre que se ocultaba detrás de la dis-

ciplina y había tocado algunas fibras muy profundas. Phury estaba tan desesperado por encontrarla como Zsadist, pero después de seis semanas ya había perdido la esperanza de que estuviera viva. Los restrictores estaban torturando a los vampiros civiles para obtener información sobre la Hermandad y, como todos los civiles, ella sabía muy poco acerca de los hermanos. Estaba casi seguro de que ya debía de estar muerta.

Su única esperanza, triste consuelo, era que Bella no hubiese tenido que soportar infernales días de tortura antes de irse al Ocaso.

—¿Qué habéis hecho con la mujer? —le gruñó Zsadist al siguiente restrictor. Cuando lo único que escuchó como respuesta fue un “Vete a la mierda”, mordió al bastardo.

Nadie en la Hermandad podía entender por qué Zsadist se preocupaba tanto por una civil desaparecida. Su misoginia era bien conocida... Todo el mundo le tenía miedo por eso. Nadie sabía por qué le importaba tanto Bella. Pero, claro, nadie, ni siquiera Phury, que era su hermano gemelo, podía predecir las reacciones de Z.

El eco del brutal ataque de Z atravesó la soledad del bosque, y Phury se sintió desolado al ser testigo de su crueldad, pues no escatimaba recursos en su empeño de hacer hablar a los restrictores; sin embargo, los cazavampiros mantenían la fortaleza y se negaban a revelar información.

—No sé cuánto tiempo más voy a poder seguir soportando esto.

Zsadist era lo único que tenía en la vida, aparte de la misión de la Hermandad de proteger de los restrictores a la raza. Phury dormía siempre solo, cuando conseguía dormir. La comida le brindaba poco placer. Las mujeres estaban fuera de discusión debido a su celibato. Y todo el tiempo estaba preocupado por lo que haría Zsadist y por quién saldría herido en el proceso. Phury se sentía como si se estuviera desangrando lentamente, a causa de miles de heridas. Como si fuera el blanco de toda la fuerza asesina de su gemelo.

V estiró su mano enguantada y agarró la garganta de Phury.

—Mírame, hombre.

Phury lo miró y se asustó. El ojo izquierdo del hermano, el que tenía los tatuajes alrededor, se dilató hasta convertirse en un agujero negro.

—Vishous, no... Yo no... —No era el momento de soltar discursitos. No sabía cómo enfrentarse al hecho de que las cosas sólo iban a empeorar.

—Esta noche la nieve está cayendo lentamente —dijo V, mientras se pasaba el pulgar sobre la yugular.

Phury parpadeó. Una extraña calma pareció apoderarse de él, y su corazón adoptó el ritmo más lento del latido del pulgar de su hermano.

—¿Qué?

—La nieve... cae tan lentamente.

—Sí... sí, así es.

—Y hemos tenido mucha nieve este año, ¿verdad?

—Ah... sí.

—Sí... mucha nieve y va a haber más. Esta noche. Mañana. El mes que viene. El año que viene. Llega cuando tiene que llegar y cae donde quiere.

—Así es —dijo Phury suavemente—. No hay forma de pararla.

—No, a menos que seas el suelo. —El pulgar se detuvo—. Pero, hermano, a mí no me parece que tú seas como la tierra. No la vas a parar. Nunca.

Se oyeron una serie de estallidos y relámpagos, mientras Z apuñalaba a los restrictores en el pecho y los cuerpos se desintegraban. Luego sólo se oyó el rumor del radiador del automóvil accidentado y la pesada respiración de Z.

Zsadist se levantó como un espectro del suelo ennegrecido, con la cara y los brazos manchados con la sangre de los restrictores. Su aura era un resplandor de violencia que distorsionaba el paisaje detrás de él, y el bosque del fondo parecía oscilar allí donde enmarcaba su cuerpo.

—Me voy al centro —dijo, mientras se limpiaba el cuchillo en el muslo—, a buscar más.

* * *